

LA REPRESENTACIÓN DE LA SANGRE EN EL SANTO CRISTO DE LA UNIVERSIDAD

Antonio Petit

*Después de preguntarme un familiar, cómo conocí a
Juan Manuel Miñarro, y cómo me encontré involucrado en su
proyecto de un Cristo sindónico, escribí estas líneas y este relato.*

Conocí a al profesor Miñarro por medio de D.^a María Teresa Rute, la cual pertenece al Centro Español de Sindonología (CES) y tiene un libro publicado sobre la Sabana Santa. Contacté con ella durante los últimos años en un par de ocasiones, cuando intentaba conseguir algunas publicaciones del CES y para exponerle ciertos planteamientos personales sobre la imagen presente en la Síndone; fue ella quien me envió un cartel de la exposición sobre la Síndone celebrada durante enero de 2010 en la iglesia de San Martín, en Sevilla, junto con el teléfono de Miñarro, indicándome que me pusiera en contacto con él, cosa que –aunque algo extrañado- hice.

Hablé así con alguien muy cordial, acordando vernos en la Iglesia de San Martín, donde me mostró la exposición, invitándome luego a visitar su estudio.

Allí, aparte de conocer a un alcalaense discípulo suyo, Manolo Mazuecos, y a Ana, su mujer, pude ver la talla del Cristo ya con el estucado previo a la policromía. Estuvimos charlando un buen rato comentando especialmente, las múltiples peculiaridades de la Sábana Santa, y entre una cosa y otra mencionó su deseo de conseguir una imagen lo más realista posible, pudiendo contar con asesoramiento médico sobre el aspecto de la sangre.

Y si como dice una amiga mía, no puedo ver un charco sin meterme, recogí el guante sin pararme a pensarlo.

En principio, opiné sobre un *Ecce Homo* que estuvo en la exposición, comentándole que la sangre parecía “de plástico”, advirtiéndole rápidamente que el profesor Miñarro ya era consciente de ello, y quería evitar reproducir esa apariencia.

Quedó en avisarme cuando fuera a comenzar a pintar la capa de base para la encarnadura, y así lo hizo a mediados de febrero.

El primer día me mostró al Cristo con la capa de base para la policromía. Con ayuda de las reproducciones que tiene de la Síndone, había trasladado una a una todas las lesiones que muestra el Lienzo sobre el cuerpo del Hombre de la Síndone, y aquellas que no son visibles (las que no se visualizan en la Sábana Santa y damos por supuesto que se encuentran en los costados), las representó acudiendo al sentido común.

El resultado era de un realismo aterrador; los desollones en las rodillas, los talones, o por el roce del *patibulum* (el travesano de la cruz) en el camino al Gólgota, las laceraciones y heridas, se podían ver en la talla con la piel rota, abierta, con “solución de continuidad” diríamos técnicamente en el argot galénico.

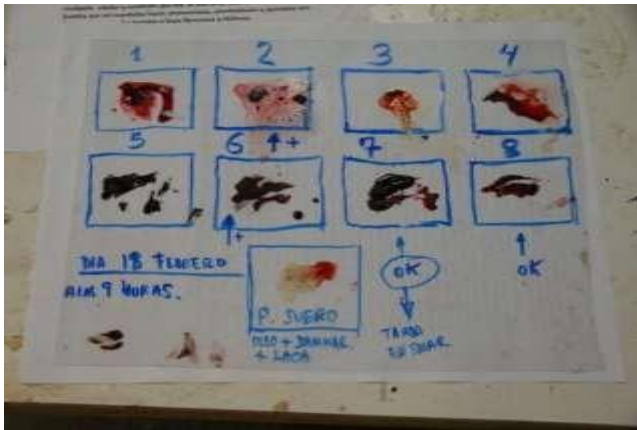


Imagen 1.- Primeras pruebas realizadas por Miñarro (sobre lámina de acetato) para reproducir sangre

Después de explicarme cómo lo había elaborado, me mostró sus “ensayos” para fabricar sangre, y le dije lo más discretamente posible, que no, que, salvo una, aquello no parecía sangre; existía además un problema añadido, los barnices y lacas propios de la imaginería mezclados con pinturas y pigmentos, no secaban rápido; tenía preparaciones elaboradas del día anterior y aquello distaba mucho de ir a secarse; de hecho,

quince días más tarde aún se mantenían húmedas y blandas.

Así que lo dejamos. Antes de marcharme le comenté, que le llevaría sangre para que pudiera ver cómo se comporta, cómo se desplaza, el color y el aspecto que tiene.

A la mañana siguiente, le pedí a una compañera que me sacara tres tubos de sangre (sin anticoagulante y con él, así podríamos contemplar tanto el aspecto como el comportamiento y la viscosidad de la sangre, estuviera o no coagulada). Hacía muy poco que me habían hecho un reconocimiento médico, y era consciente de que mi sangre no entrañaba riesgo biológico (detalle que debíamos tener en cuenta).



Imagen 2.- Comparando sangre real con las muestras preparadas

Aquella misma tarde fui a encontrarme con Miñarro, y sobre una placa de Petri, deposité un coágulo que empujamos, dejamos resbalar, exprimimos, y troceamos, haciendo notar entre otras cosas, el rastro de hematíes diluidos que deja el suero mientras se desplaza y los arrastra consigo.

Como el gran artista que es, no necesitó más explicaciones. Al primer envite tomó varios tubos de óleo y sin necesidad de paleta los mezcló, obteniendo color y brillo impecables, pero el soporte, seguía sin secar y con la apariencia de mermelada con frutos del bosque.

Esa noche, caminando de vuelta a casa, iba ensimismado dándole vueltas a la cabeza, entre otras cosas porque no me consideraba quién para decirle a un imaginero de su rango cómo hacer las cosas; pero evidentemente teníamos un problema añadido al que habría que buscar una solución válida.

Se me ocurrió algo que podría resultar útil, y al día siguiente me hice con el producto necesario; ahora sólo quedaba comprobar si la ocurrencia funcionaba.

En el laboratorio clínico, para preservar extensiones hematológicas,

microbiológicas o histológicas, se utiliza una “especie de pegamento o sellante”, que una vez seco adquiere una consistencia dura. Su composición ha cambiado con el paso de los años; actualmente se utiliza como principal componente el metacrilato, pero su excipiente continúa siendo el mismo, un derivado del benceno muy volátil, por lo que seca con una rapidez aceptable y es además un buen disolvente de las grasas, como son los aceites que se utilizan en microscopía y también el soporte principal de las pinturas al óleo; así pues, creía que podíamos tener la solución que necesitábamos.

Aquella tarde salí de casa hacia el taller de Miñarro, provisto del pegamento, guantes de látex y de polipropileno, pipetas de plástico desechables, portas de cristal, y todos aquellos otros adminículos que supuse pudieran hacernos falta.

Una vez allí, lo encontré entre curioso y sorprendido, ya le había dicho en una ocasión anterior que me tenía por un médico muy atípico, y creo que empezaba a pensar que no tenía motivo para llevarme la contraria. Estudiamos la etiqueta y la composición del producto, y cuando estuvimos de acuerdo en que no debiera darnos ningún problema ni su empleo, ni las mezclas que pudiéramos hacer, cogió un tarrito, le añadió el “pegamento”, incorporó pinturas al óleo roja y negra, lo mezcló, hizo pruebas sobre un porta de cristal, y el resultado fue aceptable.

No secaba tan rápido como en el laboratorio, donde utilizamos películas muy finas, pero secaba antes de una hora, disolvía bien los colores permitiendo su mezcla, y la apariencia de sangre era bastante buena.

Una de las razones por las que llevé guantes, era porque los dedos de la mano ligeramente inclinados, podían simular las costillas de la parrilla costal, y debieran permitir ensayar el comportamiento de nuestro preparado resbalando desde la herida del costado, por la cual Miñarro manifestaba una especial preocupación.



Imagen 3.-Primeros resultados

Así que me endosé un guante, cogió él un pincel, y me lanzó un brochazo, y después otro, y otro más.

De la expresión de estupefacción pasó a la de sorpresa, y de ésta a la de satisfacción.

- *¡No te muevas que voy a por la cámara!*

Cuando me enseñó la foto, parecía que me hubieran dado un tajo en la mano.

Además, la “sangre” al caer, iba secándose, formando gotas y chorreones que le daban un aspecto tremendamente realista.

Juan Manuel Miñarro no pudo contenerse, se fue hacia el Cristo, buscó donde poner la sangre, y dio una pincelada sobre una pequeña herida del costado con un resultado espectacular.

-*Parece un corte recién hecho, dije.*

No contestó, tenía esa expresión abstraída que tienen los genios cuando traspasan el umbral a otra dimensión. Juan Manuel miraba las heridas de la talla e iba dando pinceladas aquí y allá, sobre las lesiones de los *taxilli* (las bolas de plomo que en forma de pesas de gimnasia llevaban en su extremo distal las correas del azote o

flagrum taxillatum), o en los cortes de la piel.

En un momento determinado, puso el pincel bajo uno de los mechones de pelo en el lado izquierdo de la cara, y una gota comenzó a resbalar por el tórax siguiendo los resaltes anatómicos que formaban los músculos del cuello, las clavículas y las costillas; y no pude evitar hablar.

-Si no fuera porque sé qué es lo que estoy viendo, diría que el Cristo está sangrando.

Esta vez, el Profesor Miñarro si contestó.

-Esta, es una de esas ocasiones, en las que parece que estamos ante un momento predestinado.

No añadí nada. No iba a ser quien dijera lo contrario. Pero me encontraba francamente satisfecho de haber recogido aquel guante.

Inmediatamente comenzó a realizar pruebas, mezclando diferentes productos, distintos pigmentos, consiguiendo muestras que cada vez se parecían más a la sangre, a coágulos, a suero, e incluso suero sanguinolento. Tampoco hubo que esperar mucho tiempo para que aquello –incluso conservando la apariencia de humedad- tuviera la consistencia de una piedra.



Imágenes 4 y 5.- Nuevos ensayos (sobre cristal) con el nuevo producto para simular sangre y suero

Durante los días siguientes, la policromía avanzó rápidamente, el Profesor Miñarro mezclaba el “pegamento” con polvo de sílice para controlar la velocidad del secado (subterfugio que también se utiliza en el laboratorio clínico como acelerador de la coagulación).

Pasaba horas y horas ininterrumpidas dedicadas al Cristo, impulsado por esa sensación inasequible al cansancio de “la hora bruja” como él mismo decía, donde no te planteas qué tienes que hacer, sencillamente lo haces.

La “sangre” además, presentaba una peculiaridad muy realista, salvo aquellos regueros presentes en la Síndone y que Miñarro trasladaba fielmente a la talla, los demás podía dejarlos resbalar libremente por el tórax o los miembros, y al ser la viscosidad del fluido bastante parecida a la auténtica sangre, el chorreón -o el goterón- caía siguiendo los contornos y los resaltes del cuerpo, añadiendo verosimilitud a la talla.

Los zurriagazos, los verdugones, los moretones, la sangre, los exudados, iban apareciendo de forma cruel, y simultáneamente -al mismo tiempo- piadosa.

Una vez resueltos por Juan Manuel Miñarro los matices que le preocupaban con la apariencia de las trazas de sangre en el Cristo sindónico, se dedicó por completo a su policromía, llamándome especialmente la atención su dominio de la paleta, casi no mezcla el color antes de aplicarlo, lo hace directamente sobre la imprimación, luces sombras y matices surgen directamente de los colores (en plural) que tomó con el pincel, demostrando una maestría maravillosa, soberbia; y en mi familia sabemos lo que es manejar pinceles así.

Durante aquellos días hubo anécdotas que me hacían reflexionar sobre cómo distintos campos del conocimiento pueden aportar nuevas técnicas o nuevos materiales a métodos de trabajo ya estereotipados por la experiencia de siglos.



Imagen 6.- Miñarro absorto en su trabajo

Un día, mientras Juan Manuel trabajaba en el Cristo, encontré en el bolsillo del pantalón un trozo de un tipo de vendaje que se suele utilizar en Traumatología. Era un retal muy pequeño que recordaba haber desechado por la mañana, dado que su tamaño no me permitía utilizarlo con ningún paciente, y, al parecer, en vez de eliminarlo debí guardarlo en mi bolsillo. La cuestión es que lo dejé sobre la mesa de trabajo de Miñarro, para acompañar a Manolo Mazuecos, que me requirió para enseñarme algo; y, al volver, Juan Manuel me miró con cara de circunstancia, y mostrando la venda, oscurecida ya con betún de Judea, me dice:

-¿Esto lo has traído tú?

-Sí -respondo-.

- ¿Y sirve para algo?

-Pues no...

A Juan Manuel se le relajó la expresión, y añadió:

-No sé lo que es, pero es lo mejor que he utilizado en mi vida para bruñir...

Le expliqué cuál era la composición de aquella malla, para qué se usaba, y, sobre todo, cómo había llegado hasta allí.

-Pues no sabes el buen resultado que da.

Ni yo podía imaginar que la técnica médica tuviera algo que aportar a la imaginería cofradiera.

Conforme pasaban las horas, se perfilaban y resaltaban detalles, que destacaban sobre la imagen cada vez que volvías a mirarla.

Siempre que iba, apenas entraba podía ver el Cristo al fondo del taller, y me acercaba despacito, contemplándolo como quien ve en la calle aproximarse un paso de Semana Santa.

Aunque sin canastilla, ni hachones, ni flores, la visión del Cristo de Miñarro, te frena, te clava en el suelo.

A cierta distancia llama la atención la extensión de las lesiones, la profusión de la sangre; comparado con la iconografía religiosa barroca, presenta bastante más sangre.



Imagen 7.- El Santo Cristo (aún, sin la pátina final)

Este, es el momento en que, si estuviéramos en la calle, elevaríamos la mirada para ver el rostro de la imagen, y en nuestro caso, especialmente si lo contemplamos desde la derecha (el costado hacia el que tiene inclinada la cara), descubrimos en ese rostro abotargado, sangrante, machacado por los porrazos y puñetazos, una expresión de serenidad, de paz infinita, y la misma majestad que tiene en la Sábana Santa.

Luego, cuando la distancia es menor, junto a Él, percibes claramente el castigo físico que muestra su Cuerpo, se advierten los detalles de los talones y las rodillas desollados, cómo la sangre, se ha deslizado y gotea; el roce de las ligaduras, los zurriagazos de las correas, algunos con moretones y otros lacerando la piel, cortándola, y en el extremo distal del correa, siempre, la piel destrozada por los “*taxilli*”; el rostro ensangrentado por los golpes y la corona de espinas.

Y esa terrible herida en el costado donde ha brotado sangre y suero.

Quienes conozcan la Síndone seguramente puedan reconocerlo con mayor profundidad porque no necesitan que les expliquen lo que contemplan, sencillamente se asume sobrecogido, y resulta inevitable tomar conciencia de cómo le trataron durante su Pasión.



Imagen 8.- Lesiones del *flagrum taxillatum*

No es éste un Cristo cualquiera, ni hay tampoco fotografía alguna que le haga justicia, como la gran mayoría de las grandes obras de Arte; no son equiparables la contemplación directa, con una lámina en un libro (por buena que esta fuera).

Por mi parte no tengo palabras para agradecer las atenciones que Juan Manuel ha tenido conmigo. Cuando hubo que pasar al Cristo del soporte a la Cruz, le ofrecí

echar una mano con personas habituadas a desplazar imágenes cofradieras, tratándolas con afecto y mimo, sin esa displicencia tan habitual hoy día para con cualquier cosa que podamos rozar o coger, incluidas las de valor artístico; y aceptó, permitiéndome ayudarlo a poner al Cristo sobre el madero de la Cruz junto con dos hermanos de la Soledad de San Lorenzo, Andrés Talero (Secretario entonces y Mayordomo hoy) y Juan Hidalgo (Prioste durante muchos años y actualmente Prioste Honorario también).



Imagen 9.- La herida de la lanzada

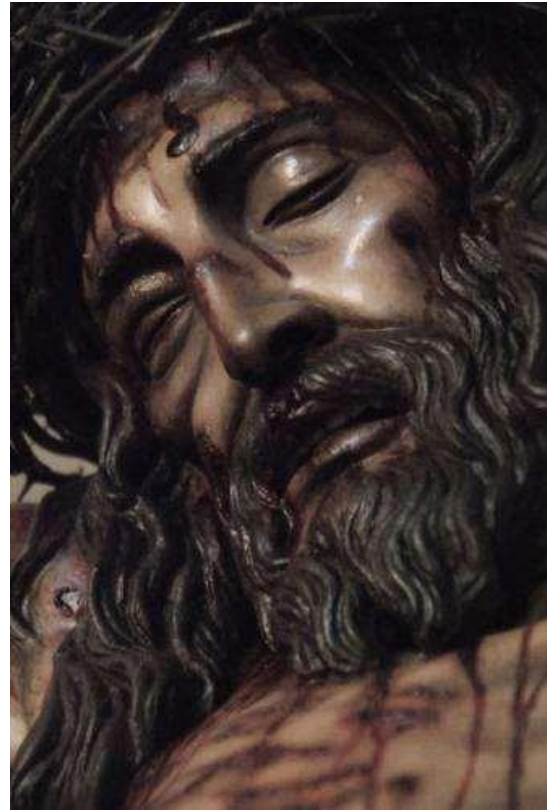


Imagen 10. El Santo Rostro

Entre esas experiencias personales (vivencias personales) que nos acompañarán siempre, se encuentra ya, el sentir el peso del Cristo, percibir el resalte de las heridas sobre mi mano, notar la madera fría como si fuera su Cuerpo ya muerto, y colocar en una de sus manos, la izquierda, uno de los clavos, que me tendió Manolo Mazuecos. No se puede pagar: no tiene precio.



Imagen 11.- Colocando sobre la Cruz al Santo Cristo

Cuando desde niño has conocido un ambiente cofradiero (y estoy refiriéndome al de Sevilla), aunque tu familia no hubiera participado activamente en una Cofradía de penitencia (y la mía lo ha hecho), aunque no seas religioso o creyente (y me consta que hay muchos que no lo son y visten su túnica todos los años), introducir un clavo en la imagen de un Cristo tiene su transcendencia, su empaque; no es cualquier cosa.

Si esto fuera poco, me llamó unos días después a casa:

-A ver cuándo te pasas por aquí que tengo una sorpresa...

Y ese día, estando en su despacho, y después de hablar sobre casi todo lo divino y humano que se nos puso a tiro, abrió un cajón y sacó una bolsita roja.



Al abrirla, extrajo una medalla de plata con la Faz del Hombre de la Síndone.

Es un proyecto –me explicó- del Centro Español de Sindonología; hace tiempo que venían pidiéndome que hiciera una medalla que se pudiera ofrecer a quienes desearan adquirir un recuerdo de la Síndone. Ésta es la primera que sale del taller del orfebre, y quiero que la tengas tú.”

Como no podía ser de otra forma, agradecí el gesto, y el honor; y no doy más detalles, fue él quien los dio indicándome cómo la había tallado.

Le agradezco profundamente la deferencia que tuvo conmigo.

Sólo añadiría una cosa:

Esta medalla, de tamaño considerable (unos cuatro centímetros), me atrevo a decir, y lo mantendré mientras alguien no me haga ver que estoy equivocado, corresponde al Miñarro escultor.

No al Miñarro imaginero, sino al escultor.

Cotilleando por el taller mientras él atendía a otras visitas, tenía ocasión de contemplar la variopinta colección de tallas, modelados, maquetas, bocetos, dibujos, y los mil objetos que sólo caben en la mente (y el corazón) de un artista.

Encontré al niño creativo, capaz de extraer de la nada lo que no existe sino en su espíritu puro, vi al escultor, con un estilo que transmite una fuerza tremenda, contemplando algunos de sus esbozos lo imaginaba modelándolos con sus manos y se me antojaban como las estatuas inacabadas de Miguel Ángel, o las figuras de Rodin.

Sólo que no era ni uno ni otro; era Miñarro.

El otro Miñarro es el imaginero, el que domina las técnicas y los cánones escultóricos y de la policromía, capaz de alcanzar las cotas que pude apreciar y ver en esas semanas durante las cuales contemplé, cómo el Santo Cristo de la Universidad iba conformándose en sus manos delante de mis ojos.

Pero esa medalla, me mostraba al Miñarro que no conocía, al escultor con su propio estilo, su sello de identidad que no puede encorsetar ningún canon artístico.

Y termino aquí mi historia, no fuera que, por abundar en más pormenores, acaso no sepa concluiría. Aunque soy consciente de que, para Juan Manuel Miñarro, este Santo Cristo de la Universidad de Córdoba, del cual me consta el sobreesfuerzo

físico, psíquico, intelectual, emocional y artístico que le ha supuesto durante años de estudio, de reflexión, y de introspección también, no constituye la consecución de un fin, sino ascender tan sólo un peldaño más, en una búsqueda que le apasiona.

Texto de Antonio Petit

Fotografías 1 a 11 de Juan Manuel Miñarro

Fotografía de la medalla: Antonio Petit